

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

El Dia  
Gráfico

Joan  
Crawford

Num. 21  
Julio, 21



Bellísima e inteligente estrella de la Metro Goldwyn Mayer.



**CLARA BORCHÉN**  
 Una de las más jóvenes estrellas que trabajan en los estudios de Hollywood. (Fot. Keystone).



**ESTHER RALSTON**  
 La fotogénica belleza, vestida con un vestido de lamé de plata. (Fot. Keystone).



**TROPAS AMERICANAS**  
 Este destacamento que atraviesa un puente de madera de arquitectura china, en un paisaje desolado y rocoso, juega un papel importante en «El sargento Malacaras», producción M. G. M.



**LA PAREJA DE MODA**

Greta Garbo y John Gilbert, los protagonistas de la película «El diablo y la carne».

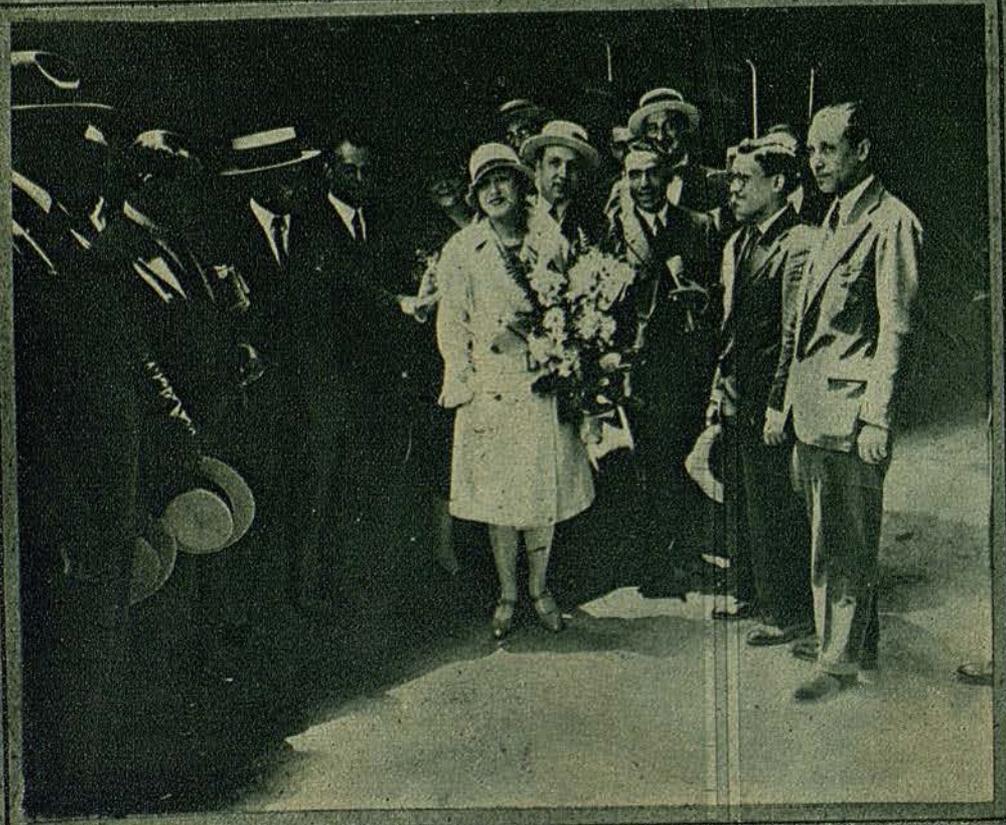
**MAE MURRAY**

De la M. G. M., en una escena de la nueva cinta «Los altares del deseo».





La bella artista en la puerta del hotel rodeada de su director y del jefe de operadores.



Lily a su llegada a la estación de Francia.



## ARGUMENTOS DE PELICULAS

# JUVENTUD TRIUNFANTE

Hará como cosa de un siglo, hubo en América del Sur dos familias que se disputaban con tesón un gran reino: los Granada y los Alvia.

El viejo duque de Alvia tenía dos hijos: Cathos y Leonardo, de caracteres y tipos completamente opuestos.

En primer lugar, Cathos tenía unos veinte años más que su hermano menor, y poseía un cuerpo deforme, macizo y contrahecho, que ocultaba el alma más bella que pueda imaginarse. Leonardo, por el contrario, estaba dotado por la naturaleza de un físico agradable, pero de un carácter más débil y, cuanto más agradables y dulces eran sus maneras, más ariscas y rudas eran las de su hermano.

Cuando murió el viejo duque de Alvia, confió a sus hijos el honor de la casa, haciéndoles jurar que lo conservarían intacto aun al precio de sus vidas.

Cathos, heredero directo del Duque de Alvia, emprendió inmediatamente las hostilidades contra los enemigos hereditarios de su familia, y, a la cabeza de un ejército, les infligió una sangrienta derrota.

Era grande la consternación que reinaba en el castillo del duque de Granada. Los combatientes llegaban todos derrotados, heridos, maltrechos y rehusan nuevos encuentros con aquel demonio de Cathos, que llevaba a sus hombres a la lucha como quien va a un juego.

—Habría un medio, señor, de que cesaran estas luchas sangrientas—dijo uno de sus familiares al duque de Granada.

—¿Y cuál es este medio?

—Aliarse con su enemigo.

—Imposible.

—Reflexionad, señor: teneis una hija, bella como la luz del sol—Manolita—y me consta que el terrible Cathos no vería con malos ojos una alianza con vuestra familia... Conventría dar los primeros pasos.

Algunos días más tarde, hicieron

comprender a la condesita Manuela que su deber le ordenaba sacrificarse por su pueblo.

Fueron enviados emisarios al castillo de Cathos para someterle las proposiciones del duque de Granada.

Cathos, pensando en su físico de-

pedíale ir en busca de la novia. Sin embargo, en el castillo del duque de Granada se esperaba al novio. En la sala del trono estaban reunidos los notables y oficiales, y la más emocionada era la joven condesa Manuela que no acertaba a explicarse, cómo se las compondría para recibir al que debía ser su esposo.

Cuando Leonardo entró, quedóse perplejo ante la impresionante belleza de Manuela, olvidando por un instante, que era el emisario de su hermano. Sus ojos decían claramente los sentimientos que albergaba su corazón, y Manuela, a su vez, dió claras muestras de que aquel desconocido distaba mucho de disgustarle.

No obstante, el joven entregó la carta de Cathos al duque de Granada; entonces supo Manuela que el brillante oficial no era más que un hermano político.

Escortados por Leonardo, el duque de Granada y su hija, penetraron en los dominios del duque de Alvia. ¡Ay! la primera entrevista entre los dos prometidos fué una verdadera tortura para ambos.

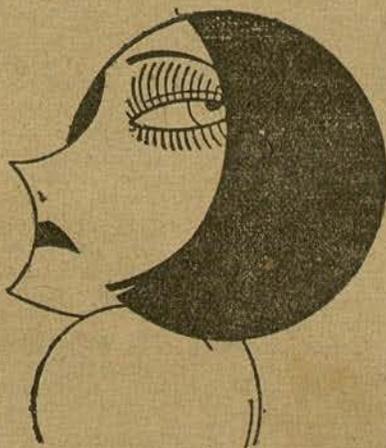
Cathos, que se daba exacta cuenta de su deformidad, ofreció generosamente a Manuela la devolución de su palabra; pero, ésta, ante el temor de una nueva guerra, prefirió sacrificarse por sus súbditos. Y el matrimonio se efectuó. Leonardo, que a su pesar sentía arder en su pecho la llama del amor hacia Manolita, se ausentó algún tiempo para no ser testigo de la dicha de su hermano. Cuando volvió, en el castillo reinaba una gran efervescencia. Una de las provincias de Cathos habíase rebelado y este último tenía que partir para sofocar la revuelta.

—Me voy contigo, Cathos —dijo Leonardo.

—No, tu sitio está aquí, para gobernar durante mi ausencia. Te confío a mi mujer; vela por ella con solicitud.

Hacia una semana escasa que Cathos había partido, cuando Manuela

### DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 198)



GLORIA SWANSON  
(Por Roser Nel-lo  
de Barcelona)

testable, vacilaba. Leonardo, orgulloso de la proposición que le hacían a su hermano, hizo presión para que aceptara, y, por último partió él mismo en lugar de Cathos, a quien una delicada e inaplazable misión im-

## A Joinville... en yate

se dió cuenta de la inmensa tristeza de su cuñado. Ella misma pensaba también en el joven más de lo que la prudencia aconsejaba y su diaria conferencia no hizo más que aumentar los tiernos sentimientos que ambos habían experimentado el día de su primera entrevista.

Poco a poco olvidaron al que en ellos había depositado su confianza, y una noche, Manuela aceptó una entrevista con Leonard.

Aquella entrevista fué sorprendida por el bufón de Cathos, Bopi, un ser deforme y malo que no pensaba más que en hacer daño, y que corrió presuroso al campo a prevenir a su dueño de cuanto pasaba.

Cathos no quería saber nada, en un principio, pero, poco a poco, fueron penetrando en su corazón las palabras venenosas de Bopi, haciéndose la decisión de volver al castillo de improviso.

Partió, pues, en compañía del bufón, llegando al castillo durante la noche, sin haber sido vistos. Cathos púsose a espiar...

En su habitación, Manuela se preparaba a recibir a su amado. Hizole una seña a éste y Leonardo entró.

—Te he concedido esta entrevista para decirte adiós. No intentes verme más.

Llorando, cayeron uno en brazos del otro y cambiaron un largo beso de amor. Cathos, que estaba al acecho, se precipitó entonces en la habitación. No creía lo que sus ojos estaban viendo, pero la actitud humillada de los culpables no dejaba lugar a dudas.

—¿Es así, Leonardo, como mantienes el juramento de honor hecho a la cabecera del lecho de muerte de nuestro padre? Y usted, señora, ¿ya sabe que la muerte es el castigo de las adúlteras?

Manuela y Leonardo, inmobilizados por el terror, callaban.

Cathos desenvainó su puñal y dió algunos pasos en dirección de los culpables. Pero el afecto que profesaba a aquellos dos seres fue el más fuerte: escapósele el arma de sus manos...

Alguien entró en la habitación al mismo tiempo que Cathos: era Bopi, el bufón traidor y deforme de cuerpo y de alma.

—¡Ah, qué amo más complacientel —dijo riendo sarcásticamente—. No sabe ni vengar su honor conyugal ultrajado!..

—¿Quieres callarte, maldita vibra? —exclamó cogiendo a Bopi por la garganta.

Pero éste, rápido como el rayo, sacó su puñal que hundió repetidas veces en el vientre de Cathos.

Manuela y Leonardo precipitáronse hacia él. Cathos murió en sus brazos, perdonando a los dos únicos seres que había amado en la vida y que no obstante, le habían hecho traición.

Para los «metteurs en scènes» no hay imposibles y corrobora esta frase el que para filmar unas escenas de la película «Paris - Girls» M. Henry Roussel acaba de transformar, así como quien no dice nada, el estudio de Joinville en un yate.

De este yate, si he de ser franco, no he visto más que el interior. El decorado representa el comedor de a bordo prolongado por un corredor a cuyos lados dan suntuosos camarotes. Estamos en la rada de Cannes, a la hora de comer. La mesa está puesta pero los comensales se hacen esperar.

Mme. de Castillon, que representa en este film el papel de esposa autoritaria y orgullosa, acaba de sentarse a la mesa, y M. Roussel le prodiga consejos balísticos:

—Vamos a ver, póngase furiosa, impaciente... Sus hijos llegan tarde a comer... usted está irritadísima..

Dócil, la intérprete adopta un aire severo y compungido, mientras que más serena, con sus cabellos blancos, Mme. Marie Laurent la exhorta a que tenga paciencia. A decir verdad, no habría que ir muy lejos para encontrar a los comensales rezagados. Están en el escenario, metidos entre los bastidores del decorado, esperando su turno para rodar: Suzy Vernon, convaliente de gripe, lleva echada sobre los hombros una recia capa; Danielle Parola, más rubia que nunca, habla y ríe con Cyril Ramsay; Narlay y Fernand Fabre..

Suena un silbido. Los «sunlights» se encienden proyectando sus haces luminosos sobre el comedor con una fuerza cegadora. Cyril Ramsay, planchadito y elegante, con su smoking de corte impecable, acaba de sentarse a la mesa, así como Suzy Vernon y Danielle Parola. No faltan más que Fabre y Narlay.

Se ensaya. En pocas palabras, Roussel indica a sus intérpretes la actitud que deben adoptar.

—Usted, Vernon, póngase triste, preocupada, nerviosa. Usted tiene sufrimientos íntimos, no lo olvide. Usted, Parola, está disgustadísima; esta comida le molesta y está deseando que termine pronto para ir al Casino a encontrarse con su «flirt». En cuanto a Ramsay se ríe de todo y de todos, como siempre, y no piensa más que en su suerte. En resumen, para todo el mundo una comida fastidiosa... ¿Comprendido?

Comprendido. Pero no hay medio de rodar: en el momento de ir a encender las bujías de los candelabros

que adornan la mesa, el operador se apercebe de que no hay mecheros en ellos. ¡Menudo problema! Encontrar unos mecheros no es así empresa tan fácil como parece... y el trabajo tiene que interrumpirse durante media hora...

Resignado, Roussel ordena que apaguen los proyectores y va a sentarse, taciturno y contrariado, filosóficamente en una butaca.

—Esta historia de los mecheros —me dice— es el resumen del cine. Piense usted que cada film está compuesto de 1.800 «bouts» análogos al que rodamos hoy. Y constantemente, incidentes tan estúpidos como el de ahora, nos hacen perder un tiempo considerable...

Se encuentran por fin los mecheros. Vuelv a proyectar los «sunlights» sus haces luminosos y vuelven los operadores a dar vueltas a la manivela. ¿Van a comer por fin los invitados? Todavía no. Primero, el hijo de Danielle Parola ha de venir a dar las buenas noches a su madre. Pero el titular de este papel, un muchachito de unos tres años, duerme a pierna suelta entre bastidores, vigilado por su verdadera madre.

—¡Es una fatalidad! —exclama Roussel, con cómica desesperación—. Cada vez que tenemos necesidad de ese chiquillo se nos duerme. Por cruel que sea despiértelo (con diez mil de a caballo! ¡O se es «vedettes» de cine o no se es!..

El trabajo vuelve a empezar. Debido a la luz de los «sunlights»; en el comedor hace un calor espantoso. Cualquiera cosa daríamos porque por las claraboyas pasara una pizquita de aire. Y, por lo que a los comensales afecta, si no mueren de calor, están expuestos a morir de hambre. No se les ha dado nada para comer todavía. Y, al paso que van las cosas, es muy posible que no coman en dos o tres días...

C. DORE

### Del tablado a la pantalla

Se ha empezado ya a filmar «Bulldog Drummond», versión cinematográfica de la famosa obra teatral del mismo nombre, y primera película hablada de Ronald Colman. La principal actriz será Joan Bennet.

Montagu Love, interpreta el rol de Peterson, y Lilyan Tashman el de Erma, la seductora aventurera. También entran en el reparto, Laurence Grant, Wilson Bengé, Claude Allister, Adolph Milar y Charles Sellon.

# Biografía de Monna Rico

El noventa y nueve por ciento, o quizás el novecientos noventa y nueve por ciento de extras de películas, que rondan por los Estudios, trabajan años y años sin poder pasar de extras.

Cuando por rara excepción el extra «pesca» un contrato que saque a su nombre del anónimo ha pasado ya bastantes disgustos, gastado varios pares de Zapatos recorriendo los Estudios, sufriendo toda clase de privaciones, ha estado largos meses sin poder ganar nada, y entonces, su nombre refulge en un período más o menos largo, en el firmamento cinematográfico, para caer de nuevo en el olvido.

Hace algunas semanas que en Hollywood se menciona un nombre: Monna Rico. ¿Quién era? ¿Dónde encontró Ernst Lubistch la muchacha que buscaba para su producción «Amor eterno», argumento de los Alpes Suizos, para compartir con Camilla Horn, Victor Varconi, Hobart Bosworth, y otros conocidos actores, la gloria de esta película, cuyo principal actor es John Barrymore?

En ninguna de las fuentes de noticias del indiscreto Hollywood, pudimos hallar nada que nos diese luz sobre el misterio de Monna. En los estudios, nadie la había oído nombrar ni ningún extra podía recordar su fisonomía.

La verdad es que la historia de Monna Rico parece ser del dominio de la novela y no de la realidad. Por esta vez, los agentes de Prensa se encuentran con que su historia es demasiado extraordinaria para ser verdadera.

Mona Rico (este no es su verdadero nombre) es una mejicanita con los ojos más deslumbradores que existen si hemos de creer las afirmaciones de Barrymore, Lubistch y otras notabilidades del mundo de la pantalla, con un temperamento artístico extraordinario, y con una personalidad que cautiva a cuantos tienen la suerte de tratarla.

Lubistch la descubrió de un modo muy vulgar, y de la noche a la mañana Hollywood se vio sorprendido con el anuncio de que una muchacha que sólo tenía seis semanas de experiencia en las películas, había sido escogida para compartir con Camilla Horn los laureles femeninos de la última producción de John Barrymore. En la película, tiene el rol de la novia de John, una montañosa salvaje y llena de fuego y pasión.

Hace diez y nueve años, se bautizó a Mona con el nombre de María Enriqueta Valenzuela, y el que sólo tenga seis semanas de experiencia en la pantalla, es algo exagerado. Cuando Lubistch escogió la afortunada mejicanita hacía cuatro semanas que trabajaba como extra.

Los directores de Los Artistas Asociados, previendo un éxito semejante al de Dolores del Río, Lupe Vélez, Gilbert Roland, Don Alvarado y otros mejicanos, le sometieron un contrato para cinco años. Se fijaron en ella porque tenía (y tiene) unas manos muy bonitas.

El día en que la suerte se dignó visitarla, era una de las muchas extras que vagaban por el Estudio de Los Artistas Asociados. Es muy bonita, pero hay un montón de extras bonitas. Es ingeniosa y no se enfadó cuando el ayudante le dijo el «no hay nada hoy» de ritual, unos minutos antes.

El timbre del teléfono llamó en la oficina del director. Lubistch estaba haciendo pruebas para un rol maculino de la película de Barrymore. Necesitaba una muchacha, cualquiera, con tal que tuviese las manos bonitas. Debía abrazar al actor, pero ante el foco de la cámara, sólo aparecería la cabeza del actor, y las manos de la muchacha.

El ayudante del director llamó a los extras y les dijo: «Hay una oportunidad para uno de vosotros para trabajar una hora».

Varios pares de peludas manos se precipitaron hacia la barandilla que separa el departamento del «Casting Director».

—Nada de manos de oro — exclamó el ayudante, riendo —. ¡A ver las manos, muchachas, la que las tenga más bonitas, tendrá una oportunidad para complacer a Lubistch!...

Una colección de manos se le pusieron delante.

—Mmm... las tuyas. Suba al piso número 3. ¿Cómo se llama.

—Enriqueta Valenzuela.

—Enri... ¿qué? El nombre parece de Sudamérica. No me extraña que no haya trabajado con un nombre como éste.

La muchacha subió donde le habían indicado. En un rincón del piso Lubistch, un actor y un cameraman la estaban aguardando.

—Está usted enamorada de este hombre — la explicó Lubistch —; póngale los brazos alrededor del cuello. Así, agárrese fuerte usted — di-

jo al actor —. Está cansado de esta muchacha y para deshacerse de ella la empuja. Usted no puede deshacerse de su abrazo, porque ella se coge más fuerte. ¿Entendido, verdad? Ahora reanudaremos la prueba.

La Cámara empezó a funcionar. El actor hizo su papel. La extra, abrazada a él con todas sus fuerzas, olvidó que en el lienzo sólo tenían que salir sus manos. Más tarde, Lubistch declaró que desde el momento en que esta muchacha empezó a actuar, olvidó el actor con el que estaba haciendo una prueba. Ordenó hacer una prueba separada de la muchacha.

Hacia días que buscaba una actriz para el rol de «Pia», una montañesa para la película de John Barrymore. Había hecho más de una docena de pruebas con conocidas artistas y ninguna le había satisfecho.

Cuando algunas horas más tarde se rodó en el cuarto de proyección la prueba de Enriqueta Valenzuela, Lubistch quedó entusiasmado. «He encontrado a «Pia» — anunció — no sé quién es esta muchacha, pero es una verdadera actriz, tiene fuego y soltura».

Al día siguiente llamó a Enriqueta al Estudio, con su madre y su intérprete. Se firmó un contrato en presencia de John W. Considine Jr. y M. C. Levec. Mona, por mediación de su madre, firmó el documento... y aquella tarde fué objeto de las atenciones de las dueñas de tiendas de modas, peluqueros y fotógrafos.

Algunos días más tarde, la muchacha que en este tiempo había cambiado su nombre por el de Monna Rico, con Lubistch, Barrymore, Camilla con Lubistch, a Barrymore, Camilla Horn, Victor Varconi y otros miembros de la compañía, para pasar un mes en los Alpes Americanos, cerca de Banff.

Cada día de trabajo, convenía más a Lubistch que Mona era uno de los mejores hallazgos de su carrera de director. Bajo su paciente y simpática dirección, Mona se corrigió algunos ligeros defectos en su actuación.

Su entusiasmo, real habilidad, e ingenua admiración por encontrarse actuando ante el gran Lubistch con la troupe de Barrymore, contribuía, quizá sin darse ella cuenta, a la perfección de su trabajo. Además, Camilla Horn, lejos de querer acaparar todos los homenajes, la ayudó en todo.

Cuando la compañía volvió al Estudio para impresionar los interiores,

y Monna se encontró con la primera carta de sus admiradores, que habían sabido de ella y le pedían su fotografía, fué muy feliz.

Lubitch, Barrymore y todo el mundo fueron extraordinariamente buenos para ella, decía con su inglés chapurreado

Es modesta, hasta el punto de ser extraordinariamente tímida, fuera del Estudio. Está sobremanera complacida por la suerte que ha tenido y reconoce que su encumbramiento sólo ha sido debido a un caso de suerte; pero ante las cámaras, está completamente segura de sí misma. Lubitch dice que olvida que está actuando y Barrymore alaba extraordinariamente su talento natural.

Un día, ella y Barrymore impresionaban una escena en que él la arroja de su cabaña y entonces ella le insulta con una serie de invectivas. La primera vez, esta escena no satisfizo a Lubitch.

—Sea un poco más despacible, Mr. Barrymore — gritó el director — Y usted, Monna, contéstele con desabrimiento. Dígalo en español, imagínese que verdaderamente la insulta.

Ambos siguieron las indicaciones que les daban y cuando al cabo de un rato las cámaras se cerraron, su airado rostro se iluminó con una sonrisa y se unió de buen grado a la carcajada general.

Monna tiene un cutis excepcionalmente blanco para ser mejicana los ojos castaños el pelo, ondulado naturalmente, y unos lindos dientes que brillan al sonreír su bella propietaria.

Nació en Méjico el 15 de julio de 1909, se educó en el Colegio Rosales, en Sinalca, cerca de la capital. Su padre murió cuando ella sólo tenía dos años. Su familia estaba entonces en situación acomodada, pero algunos años más tarde, perdieron toda su pequeña fortuna.

Hace cuatro años, su hermano Harold que entonces tenía diez y seis, se fué a Los Angeles, donde la familia Valenzuela tenía amigos, y al escribir a su madre y hermana, les contaba las maravillas de California donde se le reunieron un año más tarde.

En Los Angeles, María Enriqueta continuó su educación, y aprendió un poco el inglés. Un día, en una fiesta del barrio la eligieron Reina de la Belleza.

Al pasar por Hollywood su hermano Harold en su oficio de chófer, un día ganó por casualidad algunos dólares extraordinarios haciendo de extra en una película. Entonces, dijo a su madre que probablemente María también podría encontrar trabajo en las películas, pero la señora Valenzuela que había oído hablar muchas veces de los peligros de Hollywood, no consintió que fuese.

Cuando por fin se lo permitió trabajó cuatro días en el Estudio de la

## “DOS EN UNA”

# Las dos versiones de “Coquette”

Después de más de quince años de «silencio», el público volverá a oír la voz de Mary Pickford en la versión hablada de «Coquette». La última vez que se oyó a Mary en el teatro, fué en el papel de «Juliette», la ciegucecita de la producción de Belasco «Un buen diablillo». Esto fué

en 1913, más tarde llegó a ser universalmente conocida por su actuación en las películas.

Actualmente, la prueba que se hizo con la voz de Mary Pickford, está registrada en los Estudios Paramount y sirve de comparación para probar la voz de otros aspirantes. Los técnicos que en las pruebas han oído miles de voces, opinan que la de Mary es admirable.

A pesar del interés de miss Pickford para las películas habladas, no descuida por esto la producción muda. Cuando se termine la película hablada de «Coquette» que será la primera que hará, con el mismo reparto y el mismo director se hará una versión silenciosa para los cines que no tengan aún instalado el equipo sonoro.

Mary Pickford va a la cabeza de esta nueva fase de la industria cinematográfica, con el mismo entusiasmo y confianza con que se puso al trabajo al empezar a actuar para el arte mudo bajo la dirección de D. W. Griffith en el Biograph Studios de New York.

Esto era en los tiempos en que el cinematógrafo estaba aún en su infancia, entonces los actores del teatro consideraban el cine con bastante excepticismo, tanto, que los que trabajaban en el cine no usaban el mismo nombre que tenían en el teatro, por temor de perder la fama.

La pequeña Mary, la muñeca del mundo, ha llegado por su mediación al pináculo de la gloria y se mantiene su supremacía sin que nadie haya podido igualarla.

«Coquette», es un tipo completamente distinto de los que hasta ahora ha interpretado. Es una Mary juicosa, sin sus famosos rizos, una muchacha romántica que desafía a su familia y a las conveniencias por el hombre a quien ama.

Es una Mary equilibrada y encantadora, con toda la gracia de la tímida y deslumbrada debutante, con toda la profundidad y ternura de una mujer que está apasionadamente enamorada. Esta novela de amor, marca una nueva era en la carrera de Mary Pickford.

Sam Taylor dirigirá «Coquette». El mismo, dirigió «La pequeña vendedora» una de las mejores producciones de Mary Pickford. Mary, después de haber comprado los derechos de «Coquette», envió a Sam Taylor y a los escenaristas John Gray y Allan McNeil desde Hollywood a Nueva York, para que asistiesen en el teatro Elliot a cuatro representaciones de «Coquette», antes de empezar a trabajar para los escenarios cinematográficos de esta producción.

### DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 199)



CHARLES FARRELL  
(Por José Domínguez Lagarriga de Barcelona)

Metro Goldwyn Mayer, y un día en el de la Universal. Otro día, la compañía de Norma Talmadge empleó extras en «La Mujer disputada» y María tuvo tres días de trabajo.

Algún tiempo después supo que la United Artists necesitaba extras y mientras esperaba, fué cuando Lubitch pidió una muchacha con las manos bonitas.

La presente ambición de Monna es ahorrar mucho dinero y comprar su madre una casa. Estudia para tener más instrucción. Como hace poco que es miembro de la colonia cinematográfica de Hollywood, no tiene aún novio. Sabe coser un poco, nadar — aunque no es muy experta en este arte —, y monta a caballo perfectamente, pues en Méjico había montado mucho. Dice que es muy feliz y que ha tenido mucha suerte.

UNA "ESTRELLA" ESPAÑOLA

# TINA MELLER

Cuando M. Henry Roussel, rodaba ciertas escenas de «La tierra prometida», me fijé en una joven, cuyo juego apasionado, denotaba un ardiente temperamento dramático. M. Roussel, que siente gran interés por todos aquellos que vienen de nuevo a la pantalla, me había dicho que esta artista era una bailarina española, hermana de la gran «star» Raquel Meller «que estaba llamada a hacer una brillante carrera en el cine».

Así fué como conocí a Tina Meller, en un estudio bajo los brillantes rayos proyectados por los «sun-lights».

La debutante de «La tierra prometida» no dejó en entredicho las previsiones de M. Roussel. Después de haber encarnado en «Miguel Strogoff» un papel curiosísimo de bailarina tártara, creó otro más difícil en otra película.

Tina Meller, como buena española, posee un don de inapreciable valor para una artista: la sinceridad. Hermosa, pero de una belleza un poco salvaje, que le da un tipo muy personal y muy acusado, no cuadraría para ser la mujercita frívola y ligera de las comedias americanas. En primer lugar es morena—y las heroínas de este género de películas son generalmente rubias. Es la intérprete soñada para los dramas violentos y los conflictos interiores que su corazón vive intensamente. Así ha podido llegar a conseguir la creación de una «Safia» coqueta, frívola, enamoradiza y fatalista, loca de terror cuando se ve cautiva del brutal Matteo.

La señorita Tina Meller, es además, una «vedette» enérgica; lo mismo para un simple ensayo como para rodar una escena, nunca se retrasa.

Tomo como testigos a sus «metteurs en scene».

—No está bien que a una la esperen en el Estudio—dice Tina—. Los minutos son preciosos, ya que todo está arreglado cronométricamente de antemano; la espera prolongada ataca el sistema nervioso, y un «metteur», sea el que sea, siempre acos-

tumba a estar nervioso por los mil manejos pesados que a su cargo lleva. Una sola vez he hecho esperar en mi vida a M. Fescourt, pero ino fué por culpa mía! Debía rodar una escena de danzas. Todo estaba dispuesto desde hacía unos cuantos días; yo había preparado un traje oriental—pantalón bombacho y bolero—, pero a las ocho, en el momento de ir a vestirme, encuentro que el pantalón me estaba estrecho, y mal cosido, se abría por todas partes... a las camareras, en el último instante, las llaman de una y otra parte y no pueden ir de prisa, ni acudir a todos los sitios. «¡Cómo! ¡todavía sin arreglar? —me decían—. Sin embargo, no iba a ponerme a rodar con mi kimono. Esta es la única vez en mi vida en que no he estado lista a la hora de empezar a trabajar y ya les he dicho antes que no era mía la culpa.

Me gusta el cine y el baile—dice—, pero lo que más me satisface es trabajar... Adoro el esfuerzo continuado y tenaz sin el cual jamás se puede llegar a nada...

—¿Y la danza de «La Casa del Maltés»?—me atrevo a preguntarle todavía.

—La aprendí en Tunes. M. Fescourt, mis compañeros y yo, estuvimos buscando largo tiempo en los barrios bajos de Sfax, donde vimos un sin fin de danzarinas, hasta que un día dije a una de aquellas que me enseñara una danza típica. Las lecciones fueron una segunda edición de la Torre de Babel, ya que la susodicha bailarina no hablaba francés y yo no conozco una sola palabra de árabe; pero a trancos y barrancos fuimos saliendo del paso como pudimos. Guardo un buen recuerdo de mi viaje a Tunes. Todo el mundo estuvo amable conmigo y la impresión de los exteriores era motivo de regocijo y un día de fiesta para mí. Los indígenas se prestaban de buen grado a hacer de comparsas; no teníamos necesidad de repetir nunca las escenas filmadas con ellos, tal era la naturalidad con que las ejecutaban.

El ardiente sol, las hermosas noches claras y tranquilas, propicias al dulce ensueño o a los narradores de cuentos, aquel país de recio y destacado colorido, tuvieron la fortuna de exaltar mi imaginación.

Es evidente, que el día menos pensado nos sorprenderá Tina Meller con un viaje a América para consagrarse definitivamente actriz cinematográfica y «tomar la alternativa», que méritos le sobran para ello. Ahora bien, al viaje irá con su cuenta y razón ya que si lo efectúa será con objeto de perfeccionarse en su arte.

—Es muy bonito aquello; hay buenos camaradas y técnicos maravillosos, no lo dudo, pero para mí, el mundo—quizá me tildarán de muy apegada al terruño, demasiado casera—, es mi país, España y mi segunda patria a la que también quiero mucho, Francia, con el Mediterráneo y sus pueblos ebrios de sol y de alegría; ese es mi mundo, pequeño hoy, muy pequeño, en este siglo de automóviles, aviones y T. S. H. pero un mundo al fin lleno de recuerdos donde nuestro corazón ha conocido la alegría y también el sufrimiento, y que está como prisionero en una hermosa jaula dorada por el radiante sol y perfumada con el aroma de mil diversas flores...

La señorita Tina Meller tiene el don de pensar y dar a las cosas inanimadas un soplo de vida, un alma.

Y os aseguro que este don especial es rarísimo, más raro de lo que en realidad parece.

J. MARGUET

## La epigrafía de «Se va a la guerra»

John Monk Saunders, autor de «Alas», redacta los títulos de «Se va a la guerra», producción de Henry King, adaptada de una novela de Rupert Hughes. Eleanor Boardmann, tendrá el principal rol en esta película.

ADOLPHE MENJOU

## EL SEDUCTOR, SEDUCIDO

Adolphe Menjou, casado con Kathryn Carver, ha vuelto de nuevo a sus faenas estelares de Hollywood.

Desde su vuelta al hogar, los reporteros y fotógrafos americanos, lo han asaltado así como a su dulce esposa, la cual se halla en disposición de reemprender el trabajo sin titubeos ni desfallecimientos; ha empezado a trabajar con más bríos que antaño.

«Pertensaire» de Menjou en «Monsieur Albert» y «Serenade», Kathryn Carver no ha vacilado en unirse al más simpático y amable de los hombres, pero también, al más inconstante de todos los artistas de la pantalla; por su parte, «el suave Adolphe» como dicen en América, ha encadenado por segunda vez su libertad, una libertad preciosa y apreciable, con el fin de poder aconsejar desde cerca a su rubia colaboradora.

Este matrimonio, que se celebró en París, no era un sacramento desconocido para ninguno de los dos novios.

En efecto, Kathryn Carver fué hace algunos años, la esposa del gran fotógrafo neoyorkino Ira Hill. Y en cuanto a Menjou, sus primeros esposales fueron con una periodista de talento y corazón lleno de ideas generosas, cuando él era un ser oscuro, un pobre artista desconocido que no tenía donde caerse muerto.

Kathryn Menjou—porque aquella se llamaba también Kathryn—, había escuchado siempre con gusto los planes que su marido elaboraba para llegar a ser célebre. Afigida cuando le veía triste y reconfortándole cuando sentía desmayo, fué una compañera muy útil.

Luego, súbitamente y sin saber por qué, vino el desastre, lo que nadie esperaba. En casa de Menjou empezó a iniciarse un movimiento extraordinario; grandes y frondosos jardines que embalsamaban el ambiente con el aroma de mil diferentes florecillas rodearon su casa puesta con un lujo principesco. Durante algún tiempo, a partir de esto, la dicha parecía rodear a aquella feliz pareja.

Hasta entonces, la misma señora

Menjou había llevado los negocios y la administración de la casa, pero de pronto, antojósele al marido coger las riendas, oponiéndose a ello tenazmente su mujer; empezaron como es lógico y ante semejante disparidad de criterio, a menudear las cuestiones y disputas; un violento y tempestuoso vendaval empezó a imperar sin cesar en aquel hogar afortunado, hasta que un día, la compañera, la administradora y amiga, todo en una pieza, abandonó para siempre aquel hogar donde hasta entonces había reinado la felicidad.

Poco después de este acontecimiento, Kathryn Carver constituía la obsesión del más fino de los comediantes de la pantalla.

—Adolphe Menjou es muy diferente de como lo vemos en el cine—decía Kathryn Carver—. Es como un niño; muchas veces me hace reír con sus preguntas de una comicidad extraordinaria. Figúrese usted que el otro día se le ocurrió preguntarme qué es lo que yo haría si lo cogiera firteando con otra... «Naturalmente que yo no haría nada», le respondí. Debo advertirle que todavía no conozco al demonio de los celos... ¡Ah, si un día le sorprendiese abrazando a una joven! En primer lugar le devolvería mi alianza y después... después no sé lo que haría, no quiero ni pensarlo, pero al menos habría una razón, entonces...

Kathryn Carver admiraba desde hacía mucho tiempo a Adolphe Menjou. No faltaba nunca a los estrenos de cada nueva producción del artista. Hace tres años, la casualidad quiso que trabajara en el mismo Estudio que Menjou; siempre que podía iba a ver y estudiar la manera de desempeñar los papeles, el juego escénico de este gran cómico; pero en aquella época, el galante Adolphe se interesaba muy poco por la joven a la que no concedía más importancia que la de su espléndida belleza, su incierto corazón estaba bastante repartido, yendo de Florence Vidor, tan dulce y tranquila como un atardecer de otoño, a Greta Nissen, la de los

ojos llenos de extraños fulgores de picardía. Por aquella época, declaraba Menjou:

—Cuando ruedo con estas dos artistas, siento que la emoción domina todo mi ser. El género «novela antigua» de la primera, me produce un encanto singular y, por otra parte, me aturde el temperamento sensual y arrogante de la segunda...

El año pasado, encontráronse Menjou y la Carver en casa de un amigo común de Nueva York. La gracia casta y los límpidos y transparentes ojos de Kathryn sedujeron a Adolphe. Después de haberse cambiado entre ellos las frases de cumplimento rituales en casos semejantes, acordaron continuar frecuentándose.

—Luego, empezamos a salir juntos—decía Kathryn—y, cuando fui a Hollywood para rodar «Monsieur Albert», estábamos prometidos.

—Ahora, trabajamos juntos. Vamos a empezar «Su vida privada...» Menjou no puede vivir si no está junto a mí. Le gusta la vida de familia. No puede sufrir la soledad ni por un momento, pero se complace en pasar las veladas junto al fuego, con un libro, si yo estoy por allí cerca...

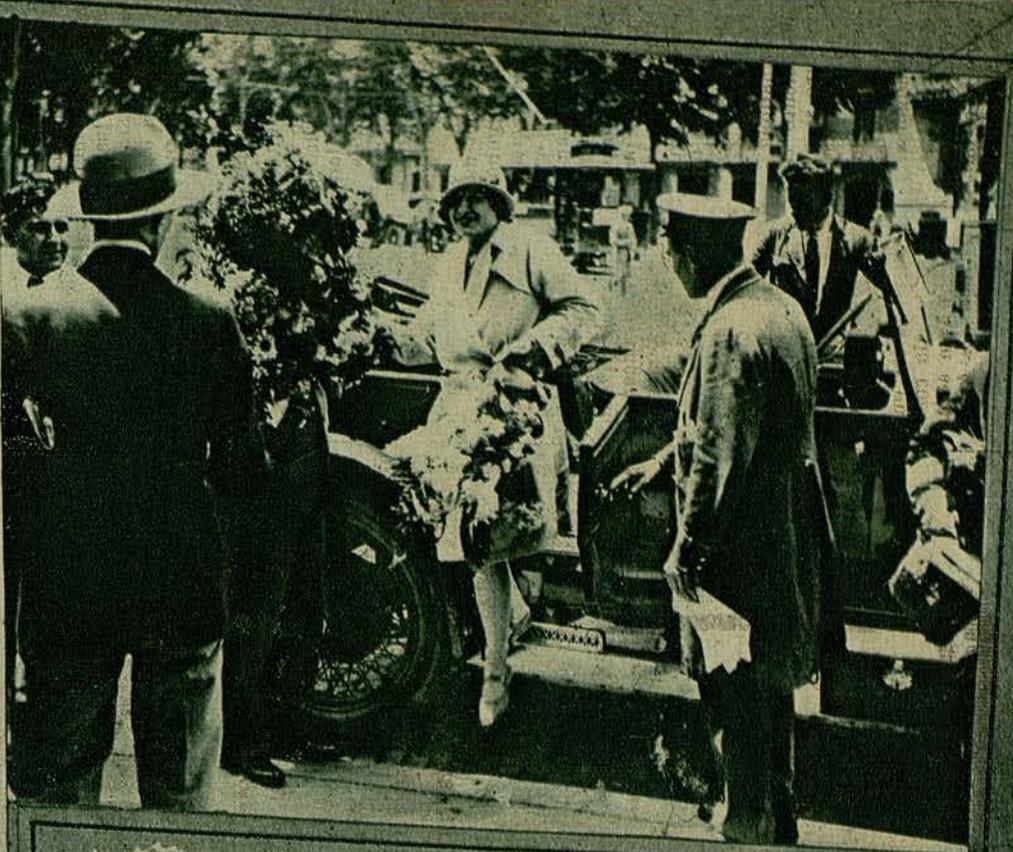
Es aquella política, tan antigua como el mundo, la que Adolphe Menjou parece querer aplicar en su nuevo hogar. Al menos, esa es la impresión que hemos sacado.

Dominado y llevado por su primera esposa, parece que quiera dominar y llevar a la segunda y Kathryn se presta a ese juego con evidente placer.

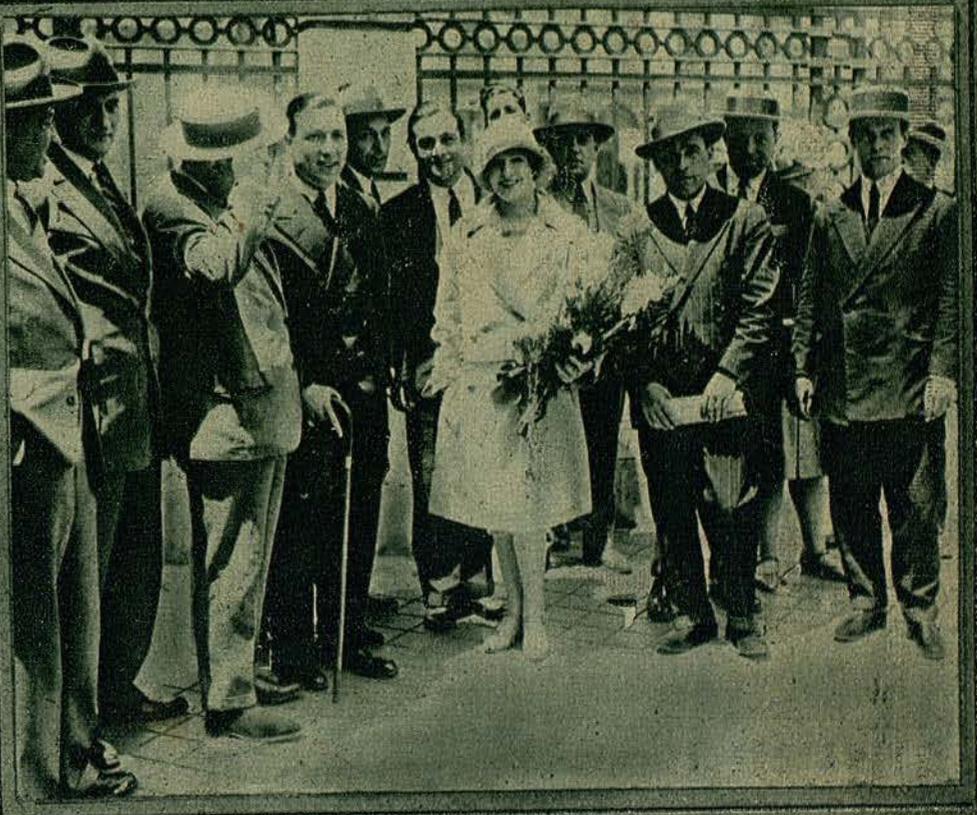
Cuando Menjou dice: «Darling»... a su mujer, su voz es a la vez imperiosa y dulce. La mira con amor y autoridad. Ella le contesta en tono dulce, con ojos acariciadores y sumisos, como una mujer que se dirige a su dueño y señor. Tiene Menjou el gesto dominador y el aire protector pero sabe sonreírle a su debido tiempo con la ternura y las maneras de un hombre que desdeña todo lo que no sea el deseo de su dama.

M. ALBY

ACIONAL FILMANDO  
ANA



Lily Damita al descender del automóvil.



En el patio de la estación rodeada de los periodistas cinematográficos de Barcelona.

FOT. MAYMÓ



de sus crea-  
do Justo

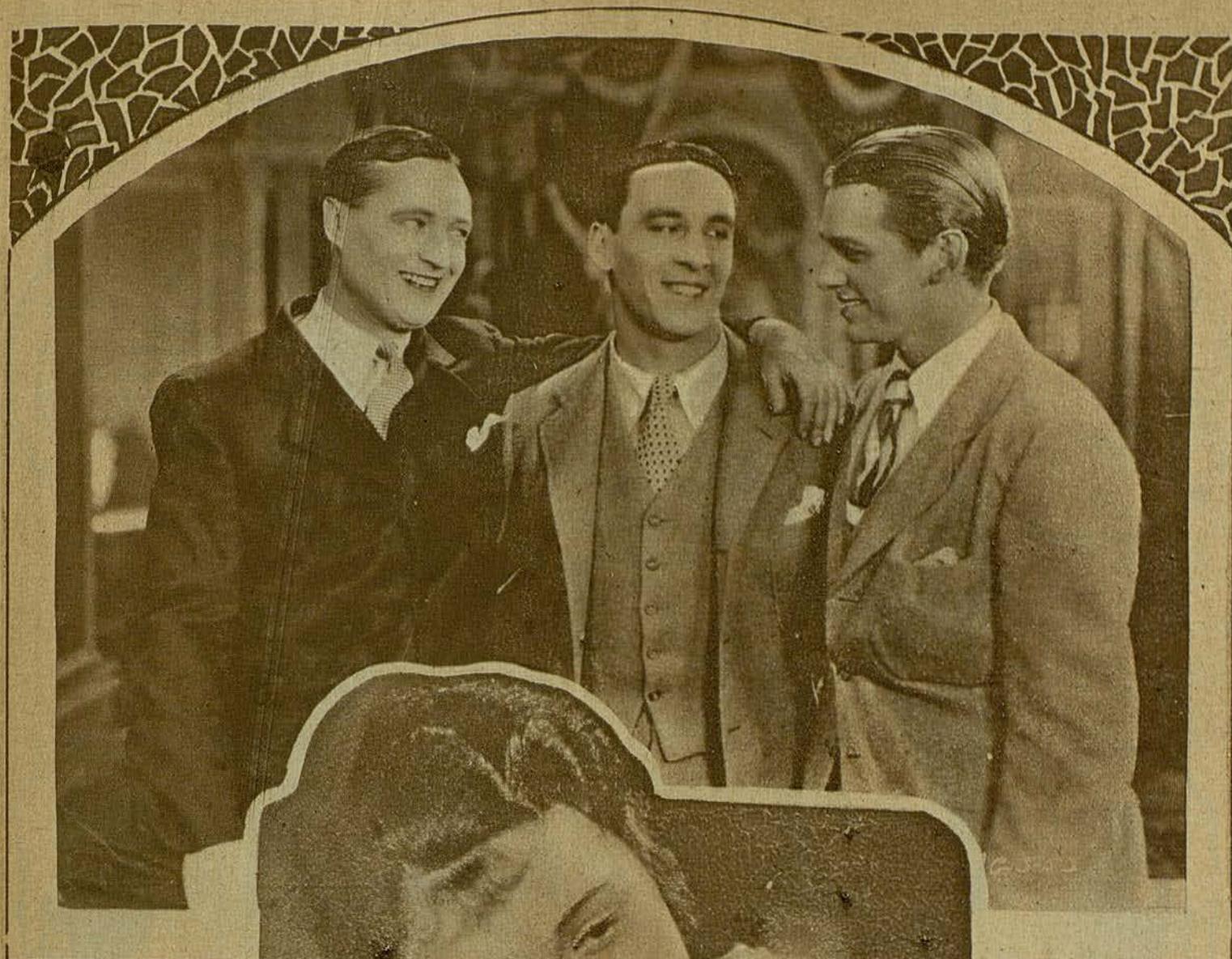




VACACIONES  
DOROTHY SEBASTIAN Y JOAN CRAW-  
FORD, CONOCIDAS ARTISTAS YANQUIS,  
EN LA FAMOSA CASA DEL MAR CLUB,  
ORILLAS DEL PACIFICO.



WILLIAM HAINES  
UNO DE LOS NUEVOS «LEADING MEN»  
DE LA PANTALLA, QUE HA FILMADO  
VARIAS PELICULAS CON NORMA  
SHEARER.



**GENTE DE GIANTES**

Bajo este título la Fox Film ha editado una cinta en la que participan Edmundo Lowe, George O'Brien y Douglas Fairbanks, hijo.



**JANET GAYNOR Y CHARLES FARRELE**

Los dos conocidos artistas de la Film Titan Fox, en la película «Séptimo cielo».

LILLIAN GISH

La artista predilecta de la crítica americana, en la protagonista de la cinta M. G. M. «La mujer marcada».



GILBERT ROLAND Y NORMA TALMADGE

en un momento apasionado de la película «Margarita Gautier», una nueva versión de la célebre «Dama de las Camelias», editada por la «First».

